

de buenas ó malas acciones, según los desordenados ímpetus de un alma tan pronto violenta como débil. Si semejante organizacion es funesta entre los particulares, mucho mas debe serlo en los príncipes, y mas todavía en los que gobiernan como absolutos, porque suele degenerar en demencia, y lo que es aun peor, en demencia sanguinaria. Así fué que todo el mundo empezaba á vivir lleno de zozobra en San Petersburgo, y ni los mismos validos de Pablo estaban seguros de no terminar su privanza en la Siberia.

Aquel príncipe, sensible y caballeresco en otro tiempo, habia experimentado una viva simpatía en favor de las víctimas de la revolucion francesa, y un odio implacable contra la misma revolucion; así es que cuando la habil Catalina se habia contentado durante su reinado con incitar á toda Europa contra Francia, pero sin mover un hombre, su sucesor no bien ocupó el trono, envió á Suwarow á Italia al frente de cien mil rusos. En el furor de su entusiasmo proscribió todo cuanto salía de Francia, libros, modas y vestidos; lo cual era mas que suficiente para indisponerse con la nobleza rusa, que como toda la aristocracia europea, se manifiesta inclinada á hablar mal de los franceses, aunque por otra parte le guste disfrutar de sus usos y de su esmerada civilizacion, y juzgó insoportable el celo contra-revolucionario llevado á tal exceso.

Pero en breve se vió á Pablo I pasar al extremo opuesto, cobrar aversion á sus aliados, y dar la preferencia á sus enemigos; llenar sus habitaciones de retratos del general Bonaparte; beber públicamente á su salud; y para que re-

saltase mas el contraste, declarar la guerra á la gran Bretaña. La nobleza rusa le miró entonces, no ya como molesto sino como aborrecible, porque ya no ofendia á sus inclinaciones, sino á sus intereses.

En su vasta estension el continente septentrional de Europa, fértil en cereales, maderas, cáñamos y minerales, necesita de ricos comerciantes extranjeros que busquen estas mercancías naturales, y dejen en cambio dinero ú objetos elaborados. Los ingleses son los que proveen á Rusia á trueco de las producciones en bruto de su suelo de los objetos de su industria, artísticamente trabajados y así proporcionan á los colonos rusos medios de pagar el arrendamiento de las tierras á sus señores. Por esta razon el comercio inglés es el que predomina en San Petersburgo, y este es el vínculo que encadenando en gran parte la política rusa con la política inglesa, retarda una rivalidad que tarde ó temprano ha de declararse entre las dos competidoras por el dominio del Asia.

La nueva política de Pablo exasperó á la aristocracia rusa; y si mucho habia desaprobado el estremado aborrecimiento con que miraba á la Francia no menos reprehensible le parecia ahora su excesivo afecto, principalmente siendo causa de providencias funestas á los intereses de los propietarios principales. Añadíanse á estos disgustos y perjuicios algunas crueldades de aquel soberano impropias de su corazón mas inclinado al bien que al mal. Desterró á infinitos desdichados á Siberia, y compadecido luego de sus miserias, revocó la sentencia, pero no les devol-

vió sus bienes. Aquellos infelices andaban por San Petersburgo moviendo los ánimos á compasión con sus clamores, y Pablo cansado de presenciar aquel espectáculo los desterró de nuevo. Mas y mas desconfiado á medida que iba advirtiendo el odio, cada vez mayor, que inspiraba á sus vasallos, prorumpía en amenazas contra todo el mundo. Tan pronto fraguaba planes siniestros contra sus ministros, como contra su esposa é hijos, obrando en todo como un tirano, sin ser mas que un demente. Habia convertido el palacio Michel que era su residencia ordinaria, en una verdadera fortaleza, con fosos y baluartes, como si hubiese tratado de defenderse de algun ataque imprevisto. Por la noche cerraba la puerta que separaba su habitacion de la emperatriz, y de este modo preparaba sin saberlo las causas de su trágica muerte.

No podia ser duradero semejante estado, y por lo tanto debia terminar como habia terminado ya antes mas de una vez en aquel imperio que ha marchado á pasos agigantados hácia la civilizacion, pero teniendo á la barbarie por punto de partida. La idea fija, dominante, de cuantos rodeaban á Pablo era deshacerse de él por los medios mas comunes, es decir, por medio de una revolucion palaciega, en un pais donde no hay mas nacion que el palacio. ¡Admirad los efectos de las instituciones! Al otro extremo de Europa, y en uno de los primeros tronos del mundo, estaba sentado un rey, demente tambien, príncipe obstinado, pero religioso y bueno cual era Jorge III. Este príncipe, que se veia frecuentemente privado de la razon durante

meses enteros, hacia poco que la habia perdido de nuevo, y cabalmente en una de las situaciones mas críticas para Inglaterra. Sin embargo, las cosas pasaron de la manera mas regular y mas sencilla; pues como la constitucion ponía al lado del soberano ministros, que gobernasen por él, aquel eclipse de la razon régia no habia perjudicado en lo mas mínimo á los negocios del estado. ¡Pitt gobernó por Jorge III, como lo verificaba hacia diez y siete años; y nadie concibió la idea de un crimen atroz! Por el contrario en San Petersburgo, el espectáculo de un príncipe demente ocupando el trono inspiraba los proyectos mas funestos.

Existia entonces en la corte de Rusia uno de aquellos hombres temibles, á quien ningun obstáculo retrae de sus propósitos; de aquellos que en un gobierno regular quizá llegarían á ser ilustres ciudadanos, pero que en un gobierno despótico se hacen criminales, con tal de que en ciertas ocasiones, sea el crimen uno de los medios, si ya no aprobados, á lo menos puestos en práctica por el gobierno. En todas partes es digno de reprobarse el crimen, pero sobre todo es indispensable reprobar las instituciones que le producen.

El conde Pahlen se habia distinguido sirviendo en el ejército ruso. Era de presencia que imponía respeto, y bajo el exterior duro, y á veces familiar de soldado, encubria un talento, perspicaz y profundo á la vez; siendo además hombre de extraordinaria audacia y de una serenidad de ánimo imperturbable. Como gobernador de San Petersburgo; y como encargado de la policía del imperio, y depositario, gracias á la confianza de

su señor, de todos los principales secretos de estado, representaba de hecho, mas que por sus títulos, el papel del primer personage del gobierno ruso. Tenia ideas muy exactas sobre la política de su nacion, pues tan inconsiderada creia la cruzada contra la revolucion francesa, como intempestivo el nuevo sistema adoptado contra Inglaterra, y así opinaba que la conducta mas provechosa para Rusia, era observar una prudente reserva y una hábil neutralidad en medio de la formidable rivalidad de Francia é Inglaterra. No siendo inglés ni francés en su política, sino ruso, lo era tambien en sus costumbres, pero ruso de los del tiempo de Pedro el Grande; y persuadido ademas de que todo iba á perecer, si no se abreviaba el reinado de Pablo, como así mismo del peligro que corria su persona por ciertos indicios de desagrado que habia advertido en el emperador, formó una resolucion para la cual se puso de acuerdo con el conde Panin, vice-canciller encargado del despacho de los negocios estrangeros. Ambos juzgaron indispensable poner termino á una situacion que habia llegado á hacerse alarmante, así para el imperio como para los individuos; y el conde Pahlen se encargó de llevar á efecto la terrible determinacion que acababan de tomar de comun acuerdo (1).

(1) Los siguientes pormenores son los mas auténticos que pueden hallarse sobre la muerte de Pablo I, y he aqui su origen. La corte de Prusia sintió extraordinariamente la muerte de aquel emperador, y sobre todo se indignó al ver el cinismo con que se jactaban de ella en Berlin algunos cómplices del crimen. Logró adquirir por diferentes conductos y principalmente por una persona bien informada pormenores muy curiosos que se recopilaron luego en una memoria remitida al primer consul. Estos pormenores son los que pudo ver Mr. Bignon, secretario entonces de

Era heredero del trono el gran luque Alejandro cuyo reinado ha pasado en nuestros dias, príncipe jóven que revelaba muy buenas cualidades y que parecia entonces lo que no ha sido despues, fácil de manejar. A este era á quien el conde Pahlen queria entregar el imperio por medio de una calástrofe pronta, pero que no produjese grandes trastornos. Para esto era indispensable entenderse con el gran duque heredero, no solo á fin de obtener desde luego su consentimiento, sino para que no se le mirase al dia siguiente del suceso como á un asesino vulgar, á quien se sacrifica aprovechándose no obstante de su crimen. Difícil era declararse con un príncipe dotado de nobles sentimientos é incapaz de coadyuvar á un atentado contra la vida de su padre. El conde Pahlen, sin franquearse, sin

la embajada francesa en la corte de Prusia y los que ha referido en su obra. Pero permanecian aun ignoradas las circunstancias mas secretas, cuando una singular casualidad ha proporcionado á la Francia la única relacion digna de crédito que quizá existe sobre la muerte de Pablo I. Un emigrado francés que pasó su vida en el servicio de Rusia y que se grangeó cierto renombre militar, se hizo amigo del conde Pahlen y del general Benningsen. Hallándose con jellos en los estados del conde Pahlen supo un dia por ellos mismos las circunstancias ocurridas en San Petersburgo en la trágica noche del 23 al 24 de marzo. Como dicho emigrado tuviese especial cuidado de apuntar todo lo que veia ú oia, escribió inmediatamente la relacion hecha por aquellos dos actores principales y lo insertó en las preciosas memorias que nos ha dejado. Estas memorias manuscritas son hoy propiedad de la Francia y en ellas se rectifican muchas aserciones inexactas ó vagas; y que por otra parte á nadie comprometen mas que lo que estaban los nombres ya comprometidos en este acontecimiento, ni se reducen á otra cosa que á dar pormenores precisos y verosímiles en vez de los falsos y exagerados que ya se sabian. Comparando estos datos debidos á testigos tan bien informados con los adquiridos por la corte de Prusia, hemos escrito la siguiente narracion histórica que nos parece la única verdaderamente digna de fé y tal vez la única completa que llegue á tener la posteridad de tan trágico suceso.

confesar proyecto alguno, entretenia al gran duque hablándole de los asuntos del estado y le referia todas las extravagancias que hacia su padre en perjuicio del imperio, callándose luego sin deducir de lo que contaba consecuencia alguna. Al escuchar Alejandro aquellas relaciones, bajaba los ojos con dolor y callaba tambien. Estas escenas mudas, pero espresivas se renovaron muchas veces, hasta que siendo necesario hablar mas claramente, el conde concluyó por dar á entender al jóven principe que semejante estado de cosas no podia seguir así sin ocasionar la ruina del imperio; y guardándose bien de aludir á un crimen, cuya propuesta no hubiera sufrido Alejandro, le dijo que era menester destronar á su padre, asegurarle un retiro tranquilo, y arrancarle á todo trance las riendas del gobierno que iba á precipitar en un abismo.

Alejandro derramó copiosas lagrimas, y protestó contra toda idea de disputar el imperio á su padre; mas despues fué cediendo poco á poco, en vista de las nuevas pruebas del precipicio en que Pablo iba á sepultar no solo al estado, sino tambien á su familia. En efecto disgustado el emperador, de la lentitud con que obraba Prusia, en la cuestion de las potencias neutrales, decia que iba á enviar ochenta mil hombres contra Berlin, y al mismo tiempo, en medio del delirio de su orgullo, pretendia que el primer cónsul le eligiese por árbitro en todas las cosas, y que este personage tan poderoso no hiciera la paz con Alemania, ni con las córtes del Piamonte, ni con Roma, ni con Nápoles, ni con la Puerta, sino sometándose á las bases que estableciera Rusia; de

suerte que era de temer llegase muy pronto el tiempo en que no estuviera esta acorde ni con la misma Francia, cuya política habia adoptado tan terminantemente. A estas razones añadió el conde Pahlen algunas dudas sobre la seguridad de la familia imperial, de que, segun se decia, comenzaba á desconfiar el emperador.

Al fin cedió Alejandro, pero exigiendo al conde solemne juramento de que no se atentaria contra la vida de su padre. El conde juró todo cuanto quiso aquel hijo inesperto que creia ser posible privar del cetro á un emperador sin privarle de la vida.

Faltaba hallar personas que ejecutasen el plan porque el conde Pahlen que le habia concedido, creia rebajarse mucho sirviendo el de instrumento; pero las eligió en su imaginacion, obsteniéndose sin embargo, mientras no supiese hasta que punto podia contrar con ellas, de declararles mas ó menos pronto el papel que les reservaba. Para actores principales destinó á los Soubow, familia que Catalina habia colmado de favores, pero no se lo participó casi hasta el último momento. Platon Soubow, privado de Catalina, hombre flexible y revoltoso, era digno héroe de una revolucion palaciega; y su hermano Nicolás notable únicamente por su fuerza atlética, muy á propósito para desempeñar el cargo de subalterno. Valeriano Soubow, militar honrado y valiente, amigo del gran duque Alejandro, mereció ser excluido de aquella trama. Estos tenian una hermana, relacionada con toda la faccion inglesa y amiga de lord Whitworth, embajador de Inglaterra que les inspiraba todas las pasiones

de la política inglesa. Otros muchos cómplices escogió el conde Pahlen, y los trajo á San Petersburgo con varios pretextos, y sin insinuarles cosa alguna, pero habia uno principalmente á quien habia enviado á llamar tambien, y de cuya cooperacion, así como de su tremendo arrojó, no abrigaba la menor duda. Este era el célebre general Benningsen hannoveriano al servicio de Rusia, el primer oficial del ejército ruso que, algun tiempo despues en 1807, tuvo la gloria de suspender en Polonia la marcha triunfante de Napoleon y cuyas manos, dignas de manejar la espada, deberían no haberse armado jamás con el puñal del asesino.

Benningsen se habia refugiado en el campo, temiendo los efectos de la ira de Pablo, con quien estaba en desgracia; y el conde Pahlen le sacó de su retiro, y le inició en el complot, aunque si hemos de dar crédito á lo que asegura el mismo Benningsen, no le habló mas que del proyecto de destronar al emperador. Benningsen empeñó su palabra, y la cumplió con fidelidad horrible.

Para la ejecucion del criminal proyecto se escogió un dia en que el regimiento de Semenourki, adicto al gran duque Alejandro, estubiese de guardia en el palacio Michel: de consiguiente fué preciso esperar hasta entonces, pero el tiempo apremiaba, por que Pablo, cuya enfermedad hacia rápidos progresos, era cada dia mas alarmante para los intereses del imperio, y para la seguridad de sus vasallos. Un dia cogió del brazo al imperturbable Pahlen y le dirigió estas estrañas palabras:—¿Estabas tú en San Petersbur-

go, en 1762? (En aquel año fué asesinado el emperador, padre de Pablo, para sentar en el trono á la gran Catalina.)—Si señor, le respondió el conde con la mayor serenidad, aquí estaba.—¿Y qué parte tuviste en lo que sucedió entonces? añadió el emperador.—La que tiene un oficial de caballería en las filas de su regimiento; fui testigo, pero no actor de aquella catástrofe.—Pues bien, prosiguió Pablo, mirando á su ministro con aire de desconfianza y reconvencion, quieren reproducir hoy la revolucion de 1762.—Lo sé, respondió con la misma serenidad el conde Pahlen; conozco el plan y tengo parte en él.—¿Cómo? exclamó el emperador: ¿eres tú de los conjurados?—Si, señor, pero solo para estar mas enterado de todo, y poder velar mejor por vuestra vida.—La tranquilidad de aquel terrible conjurado desvaneció todas las sospechas de Pablo que aun cuando cesó de recelar de él, con tinuó en la misma inquietud y zozobra.

Hubo además otra circunstancia, casi de interés público, es permitido emplear esta expresion tratándose de un crimen. Pablo mandó escribir el 23 de marzo á Mr. de Krudener, su ministro en Berlin, un pliego, en que le mandaba declarar á la córte de Prusia que si no se decidia á obrar prontamente contra Inglaterra, enviaria contra las fronteras de Prusia, un ejército de ochenta mil hombres; pero el conde Pahlen, queriendo, sin descubrirse obligar á Mr. de Krudener, que no diese importancia alguna á semejante declaracion, añadió de su letra la siguiente posdata: *Su magestad imperial está indis-*

puesto hoy. Esto podría producir funestas consecuencias. (1)

Llegó en fin el 23 de marzo, día elegido para la ejecución de aquella trama. El conde Pahlen reunió en su casa con pretexto de una comida, á los Soubow, á Benningsen y á varios generales y oficiales con quienes creyó que podía contar. Sirvióles en abundancia vinos de todas clases que no probaron ni Benningsen, ni él; y, finalizada la comida se participó á los conjurados el objeto con que allí se los había llamado. La mayor parte de ellos no tenían antecedente alguno de tan horrible proyecto; y así no se les dijo que era menester asesinar á Pablo, porque casi todos habrían rehusado cometer aquel crimen, manifestándoles únicamente que era preciso pasar á palacio y obligar al emperador á hacer abdicación, con lo cual se libraria al imperio de inminentes riesgos, y á millares de inocentes del sanguinario furor de Pablo. En fin, para acabar de persuadirlos, se afirmó delante de ellos que el gran duque Alejandro tenia noticias de aquel proyecto, y convencido de la necesidad de salvar al imperio, le aprobaba. Entonces aquellos hombres, trastornados por el vino, no vacilaron ya, y todos excepto tres ó cuatro, se encaminaron á palacio creyendo que iban á destronar á un emperador loco, y no á derramar la sangre de un monarca desgraciado.

Cuando los conjurados supusieron que la noche estaba bastante avanzada salieron ea nú-

(1) El embajador de Francia, general Beurnonville vió este despacho. é inmediatamente puso en noticia de su gobierno estos pormenores.

mero de unos sesenta, repartidos en dos bandos; el uno dirigido por el conde Pahlen, y el otro por el general Benningsen, ambos vestidos de uniforme, con banda y faja, y marchando con espada en mano. El palacio Michel estaba construido y guarnecido como una fortaleza, pero al presentarse los gefes que iban delante de los conjurados, se allanaron los rastrillos y se abrieron las puertas. Iba delante la fuerza de Benningsen, encaminándose en derechura á la habitacion del emperador, y el conde Pahlen se quedó afuera con la reserva de los conjurados, pues aquel hombre, que era quien habia fraguado la conspiracion, no se dignaba asistir al acto de realizarla, concurriendo á aquel punto solo para estar á la mira de cualquier caso imprevisto. Penetró Benningsen hasta la alcoba del monarca, que estaba durmiendo, guardándole el sueño dos heiduques, los cuales como fieles servidores trataron de defender á su soberano. Uno de ellos cayó al suelo de un sablazo, y el otro se puso en salvo gritando: ¡socorro! gritos inútiles en un palacio cuya guardia estaba confiada en su mayor parte á cómplices del crimen! Acudió tambien al ruido un ayuda de cámara que dormia cerca del emperador, y le obligaron á abrir la puerta de la alcoba. El desgraciado Pablo habria podido hallar un refugio en la habitacion de la emperatriz, pero su recelosa desconfianza le inspiraba la precaucion de atrancar todas las noches la puerta que con ella comunicaba. No sabiendo pues donde salvarse, arrojase de la cama y se oculta entre las hojas de un biombo. Acércase á la cama imperial Platon Soubow, y viéndola desocupada,

esclamó asustado.—Se ha puesto en salvo el emperador ¡estamos perdidos! Pero al mismo tiempo le descubre Benningsen, se acerca á él con espada en mano, y presentándole el acta de abdicación:—Habéis dejado de reinar le dice; el gran duque Alejandro es emperador, y en su nombre os intimo que resignéis el imperio, y firméis el acta de vuestra abdicación. Si lo haceis así respondo de vuestra vida.—Platon Soubow le hace la misma intimación á lo cual el emperador turbado, fuera de sí, les pregunta que ha hecho para merecer semejante tratamiento.—No habéis dejado de perseguirnos en el espacio de muchos años, le dicen los asesinos medio beodos; y le acosan cada vez mas, sin que el infeliz principe consiga desasirse de ellos ni inspirarles compasión. En este momento se oye ruido: eran los pasos de algunos conjurados que se habian quedado atrás, pero sin embargo los asesinos creen que es gente que viene á socorrer al emperador, y huyen todos atropelladamente, excepto Benningsen, que permanece imperturbable delante del monarca, conteniéndole con la punta de la espada. Entre tanto se habian ya reconocido mutuamente los conjurados y volvieron á entrar en la habitacion, teatro del funesto crimen. Rodean de nuevo al desgraciado monarca, para forzarle á firmar la abdicación; éste intenta por un momento defenderse, y en medio del altercado, cae al suelo la lámpara que iluminaba aquella horrorosa escena; sale apresurado Benningsen en busca de otra; y al volver encuentra á Pablo moribundo ya, á consecuencia de los golpes que le habian dado dos de los asesinos.

Uno de ellos le habia hundido el cráneo con el pomo de su espada, y otro le habia apretado el cuello con su banda.

Mientras tanto permaneció fuera el conde Pahlen con los demas conjurados; y habiéndole dicho que todo estaba ya concluido, mandó echar en la cama el cadaver del emperador, y puso una guardia de treinta hombres á la puerta de su habitacion, con órden espresa de que no dejasen entrar á nadie, ni aun á las personas de la familia imperial. En seguida pasó á ver al gran duque para anunciarle el terrible suceso de aquella noche.

Inquieto, alterado el gran duque, como no podia menos de estarlo, apenas le ve entrar, le pregunta por su padre. El silencio del conde le dió sobradamente á entender cuan funesta ilusion habia sido la suya al creer que únicamente se trataba de una abdicación. Su dolor fué extraordinario, y tanto que fué el secreto tormento de toda su vida; segun se dice, porque la naturaleza le habia dotado de un corazon sensible y generoso. Se arrojó en una silla, desecho en lagrimas; no quiso oír mas, y prorumpió en amargas reconvenciones contra Pahlen, el cual las recibió con serenidad imperturbable.

Platon Soubow se dirigió en busca del gran duque Constantino que nada sabia y á quien por mucho tiempo se creyó injustamente cómplice de la sangrienta catástrofe. Acudió temblando, en la persuasión de que corria riesgo toda su familia, y al ver á su hermano entregado á la mayor desesperación, supo todo lo acaecido. El conde Pahlen encargó á una dama de palacio, muy querida de

la emperatriz, que pasase á verla y á anunciarla su trágica viudez; y aquella princesa se dirigió aceleradamente al cuarto de su esposo y quiso penetrar hasta el lecho fúnebre; pero se lo impidieron las centinelas. Recobrada por un momento de su primera aflicción, sintió nacer en su alma con los impulsos del dolor, los de la ambición. Se acordó de Catalina, y quiso también reinar. Al punto encargó á varias personas que se viesen con Alejandro, á quien iban á proclamar, para decirle que el trono le pertenecía á ella, y que ella era la que debía ser proclamada: nueva confusión y angustia para el destrozado corazón de aquel hijo que próximo á subir al trono, tenía que pasar por entre el cadáver de un padre asesinado y una madre afligida, la cual reclamaba alternativamente ó su esposo ó la corona. En tan terrible confusión se pasó la noche: iba ya asomando el día, y era preciso no dar tiempo á la reflexión; importando sobremanera que con el anuncio de la muerte de Pablo se oyese el del advenimiento de su sucesor. El conde de Pahlen se acercó al príncipe y le dijo:—Basta ya de llorar como un niño; venid á reinar.—Y sacándole de aquella triste mansión acompañado de Benningsen, le presentó á las tropas.

El primer regimiento que encontraron fué el de Preobajensk, y que se manifestó frío, por la adhesión que había profesado á Pablo I; pero los demás, que amaban al gran duque, y por otra parte obedecían al conde Pahlen hombre de gran prestigio en el ejército, no vacilaron un momento en dar el grito de ¡viva Alejandro! Siguiéron los demás su ejemplo, y en breve quedó proclamado

el joven emperador y puesto en posesión del trono. Volvió en seguida á su habitación, y se trasladó con su esposa la emperatriz Isabel, al palacio de invierno.

Todo el mundo supo con espanto en San Petersburgo aquella catástrofe sangrienta, demostrando el efecto que produjo, que ya empezaban á variar las costumbres del imperio, y que desde 1762 habían dado algún fruto en Rusia las lecciones de la Europa civilizada. Puede decirse en honor suyo, que si distaba ya mucho de ser lo que en 1762, se halla hoy mucho más lejos de 1800. Fué, pues, universal el sentimiento, por que aun cuando temían á Pablo I y á su demencia, nadie le aborrecía, porque no era sanguinario. Las horribles circunstancias de su muerte, que tardaron poco en saberse, inspiraron profunda compasión á sus súbditos. Espúsose el cadáver al público según costumbre; pero con precauciones infinitas para disimular las heridas. Guantes de uniforme ocultaban las mutilaciones de sus manos, y un sombrero ancho su cráneo. Su rostro estaba amoratado, pero corrió la voz de que había muerto de apoplegia.

Aquella bárbara escena causó en Europa un efecto extraordinario, propagándose la nueva con la rapidez del relámpago, por Viena, Berlin, Londres y Paris. En todas estas capitales produjo un horror increíble. Pocos años antes había aterrado Paris al mundo con la muerte de sus reyes; pero esta misma ciudad daba á la sazón el espectáculo del orden, de la civilización y del sosiego, y las monarquías antiguas eran las que á su vez escandalizaban al mundo civilizado. El año anterior



se habia manchado el s6lio de Nápoles con la sangre de sus s6bditos, al presente una revolucion palaciega ensangrentaba el trono imperial de Prusia.

Así pues, en aquel siglo turbulento todos estaban destinados á dar tristes ejemplos y á suministrar deplorables argumentos á sus enemigos. Seguramente si las naciones quieren acriminarse unas á otras, todas tienen en su historia algo con que ofenderse; pero no se crea que empleamos tales recuerdos con semejante objeto. Referimos estas horribles circunstancias, porque la verdad es la obligacion primera del historiador, la leccion mas provechosa y eficaz, y la mas apropiada para evitar la repeticion de semejantes atentados; y sin ofender á nacion alguna, volvemos á decir que mas culpa tienen las instituciones que los hombres, y que si en San Petersburgo se asesinaba á un emperador para efectuar un cambio en la política, en Londres por el contrario, sin catástrofe sangrienta, sucedía la política de la paz á la de la guerra, con la simple sustitucion de Mr. Addington á Mr. Pitt.

Los pormenores de aquella catástrofe se hicieron al punto públicos por indiscrecion de los mismos asesinos, especialmente en Berlin, cuya corte estaba intimamente unida con la de San Petersburgo. Habíase refugiado en aquella capital la hermana de Soubow, y se advirtió que andaba inquieta y alterada como quien aguarda la noticia de un grande acontecimiento. Tenia un hijo, que fué el mismo oficial encargado de llevar á Prusia el anuncio del nuevo reinado, y siendo este de pocos años y con la irreflexion propia de

su edad refirió parte de los hechos, causando en Postdam un escándalo que indignó al jóven y virtuoso rey de Prusia. La corte le hizo entender la imprudencia de su conducta; pero esto dió origen á una grave calumnia. La mencionada hermana de los Soubow, tenia relaciones de amistad con el embajador de Inglaterra lord Whitworth, el mismo que poco tiempo despues figuró en Paris representando un papel de mucha importancia; y como la muerte del emperador Pablo era tan útil á los ingleses y habia ocurrido tan á tiempo para completar la victoria de Copenhague, el vulgo de Europa atribuyó gratuitamente aquel crimen á la política de la gran Bretaña. Las relaciones del embajador inglés con una familia que tanta parte habia tenido en el asesinato de Pablo; suministraron visos de verdad á la calumnia, y nuevos argumentos á todos aquellos que no quieren ver jamás en los acontecimientos sus causas generales y naturales.

Sin embargo ninguna de estas conjeturas tenia el menor fundamento. Lord Whitworth era un hombre de bien é incapaz de mezclarse en semejante atentado. Su gobierno habia estado desde algunos años antes cometiendo errores que no admiten justificacion, y cometió despues otros menos disculpables todavia; pero quedó tan sorprendido de la muerte del Czar como toda Europa. Sin embargo el mismo primer consul, á pesar de la delicada imparcialidad de su juicio, no dejó de concebir algunas sospechas, y dar margen á muchas mas por la manera con que fué anunciada en el *Monitor* la muerte del emperador Pablo. La historia, dice el periódico oficial, aclarará el mis-

terio de tan trágica muerte, y dirá cual es la política mas interesada del mundo en provocar semejante catástrofe.

Aquella muerte libraba á Inglaterra de un cruel enemigo, y privaba al primer consul de un aliado fuerte pero embarazoso, y sobre todo en los últimos dias, casi tan perjudicial como útil; porque es indudable que el difunto emperador, creyendo que el primer consul nada podria rehusarle en pago de su alianza, exigió ciertas condiciones respecto á Italia, Alemania y Egipto, que nunca habria podido admitir la Francia, y que habrian hecho muy dificultosa la paz que se vislumbraba ya por todas partes. El primer consul eligió para que pasase á Rusia á su ayudante predilecto Duroc, que habia ya estado en Berlin y Viena, y le encargó que pasase á San Petersburgo con una carta escrita de su mano felicitando al nuevo emperador, á fin de hacer la prueba del efecto que en él causaban las lisonjas de tan insigne hombre y de poner en claro, si fuese posible, la utilidad de las relaciones entre Francia y Rusia.

Salió Duroc inmediatamente con orden de pasar por Berlin: debia visitar otra vez la corte de Prusia, adquirir noticias mas seguras sobre los últimos acontecimientos del Norte, y entrar así en San Petersburgo mejor impuesto de las cosas y de los hombres que iban á presentarse á su vista.

La Inglaterra quedó muy satisfecha, y debia quedarlo al saber al mismo tiempo la victoria de Copenhague y la muerte del terrible adversario que habia formado contra ella la liga de las po-

tencias neutrales. Ensalzose al héroe británico, al intrépido Nelson, con un entusiasmo muy natural y legítimo, porque cuando las naciones estan en el colmo de su alegría, deben celebrar y aun exagerar sus triunfos. Sin embargo, pasado el primer entusiasmo, y luego que amainó algun tanto la admiracion de los ánimos, se apreció mejor la supuesta victoria de Copenhague. El paso del Sund habia ofrecido pocas dificultades; el ataque de Copenhague en un estrecho en que no podian moverse los bageles británicos sino con mucho riesgo, era una resolucion audaz digna del vencedor de Abukir. Pero la escuadra inglesa habia quedado cruelmente maltratada, y á no haber sido por la precipitacion con que el principe real de Dinamarca, dió oídos al parlamentario de Nelson, quizas habria sucumbido. La victoria pues habia estado á punto de convertirse en derrota, y á mas de esto la ventaja conseguida no era de gran consideracion, porque se reducía meramente á un armisticio con los dinamarqueses, fenecido el cual, habian de romperse de nuevo las hostilidades. Si no hubiese muerto el emperador Pablo, grandes y terribles adversidades habria ocasionado aquella campaña naval en medio de un mar cerrado, donde no podia arrihar en parte alguna y cuyos puertos podian cerrársele de nuevo y con mayor obstinacion; pero el golpe dado tan á tiempo en la entrada del Báltico, es decir, en Dinamarca, era decisivo, y tampoco existia ya Pablo, que hubiera recogido el guante para continuar la contienda. Esta era una prueba mas, agregada á las mil que ofrece la historia, de que la fortuna favorece á los audaces especialmente